

Cuadernos del CILHA N.º 43 – 2025
Publicación continua
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
CC BY-NC 4.0 international

Recibido: 09/12/24
Aprobado: 19/06/25
pp.1- 21
<https://doi.org/10.48162/rev.34.113>

Modos de leer feministas. Lo minoritario en *El ojo en la mira*, de Diamela Eltit

*Feminists ways of reading. Minority in El ojo en la mira, by
Diamela Eltit*



 **Estefanía Di Meglio**

Universidad Nacional de Mar del Plata
Centro de Letras Hispanoamericanas
Mar del Plata, Argentina
estefaniadimeglio@gmail.com

Resumen

En este artículo analizamos el ensayo *El ojo en la mira* (2021), de Diamela Eltit, donde la autora, siguiendo la propuesta editorial de la colección (Lector&s de Ampersand), reconstruye la historia de sus lecturas, en una especie de autobiografía lectora. Concretamente, analizamos de la autora los modos de leer (tomamos el concepto de Josefina Ludmer, desde la crítica literaria) y releer los textos que ha leído a lo largo de su vida, a la vez que analiza constantes del campo literario (tomamos las teorizaciones de Pierre Bourdieu, desde la sociología de la cultura) de su país, Chile. Esta relectura la modula en clave feminista, donde anida el potencial de lo minoritario en general. Por ello, junto con las nociones de Ludmer y Bourdieu, y con las consideraciones de Barthes sobre la lectura y el Texto, ponemos a funcionar conceptos generales de los feminismos.

Palabras clave: *literatura, campo literario, feminismos, modos de leer, Eltit*

Abstract

In this paper it is analyzed the essay *El ojo en la mira* (2021) by Diamela Eltit. In this book, the author reconstructs the history of her readings, in a sort of reading autobiography, following the outline of the editorial proposal (Lector&s, by Ampersand). We take the concept 'ways of reading' of Argentinean critic Josefina Ludmer to analyze the way in which Eltit makes an analysis of her literary training. From this point, she also analyzes the literary field (we consider the concept formulated by Pierre Bourdieu, from literary sociology) of her country, Chile. Her way of reading and her writing are made from a feminist key, as a symbol of minority groups in general. Because of that, the theoretical frame of the paper is based on feminism in general, in relationship with literature.

Keywords: *literature, literary field, feminism, ways of reading, Eltit*

Introducción

I. Modos de leer feministas, modos de ver minoritarios

En un banco de plaza de Puerto Montt, una leyenda condensa, a un tiempo, el peso del clamor popular y los mecanismos de la represión política en su dimensión práctica –material– y biopolítica a la vez: “Nos disparan a los ojos porque los abrimos”. La frase hace referencia al accionar y a la estrategia usada por las fuerzas de seguridad durante el estallido social en Chile en octubre de 2019. Entre otros crímenes y estrategias de castigo, represión y disciplinamiento de los cuerpos, como las violaciones a las mujeres manifestantes, la represión consistió en disparar a los ojos de quienes reclamaban en el espacio público, dejando un saldo de más de cuatrocientas personas con perdigones en sus ojos. Se trata de una microfísica del poder que opera en los cuerpos, en los ojos, contra la mirada crítica de quien se opone a un sistema, de quien protesta, cuestiona.

Desde el arte, Diamela Eltit es una de aquellas autoras chilenas que modulan esa visión crítica al punto de postularla como proyecto poético-político. Su trayectoria traza una línea fundada en la mirada crítica hacia lo social. Esa misma mirada distanciada, autorreflexiva y oblicua respecto de lo normado es la que efectúa *El ojo en la mira*¹. En este artículo trabajaremos este texto, como un modo de leer feminista del campo literario, donde el feminismo se entiende en tanto término

relacional, vinculado no solo con el género, sino con lo minoritario en general (Ludmer, 2015, pp. 72-73)². Se trata de lo minoritario en tanto lo minorizado por el poder hegemónico, no por ello carente de potencia desestabilizadora y de fuerza de transformación. Esto es, lo minorizado en el sentido en que lo definen Gilles Deleuze y Félix Guattari: lo menor y minoritario asociado a la “reserva revolucionaria” (p. 31), a la “potencia de transformación política” (1997, p. 29), al “coeficiente de desterritorialización” (1997, p. 28).

En este sentido, uno de los aportes que pretende este trabajo es estudiar parte del pensamiento de Eltit “tras bambalinas”, en tanto el libro, por su condición de “cocina” de las lecturas y las escrituras permite trazar la reflexión y el devenir de un pensamiento teórico que se presenta como la contraparte de su producción literaria y artística en general. Como se verá, a diferencia de otros textos y como sostiene Mónica Barrientos, en este se “ingresa a su espacio más íntimo” (2021, s. p.). Eltit reconstruye así la historia que cuenta su haber de textos leídos. También de sus escrituras y de sus lecturas como escritura, de acuerdo con los postulados barthesianos que trazan un indisociable vínculo entre ambas travesías (Barthes, 1987, p. 74). El texto se configura en tanto memoria, retrato, autobiografía lectora (Cabrera, 2024) pero también vital, en esa impronta del acto de leer como contraparte inmanente de la escritura. La lectura de su propia historia lectora permite a Eltit, entonces, trazar un panorama de algunas constantes y variables del campo literario chileno –tomando el concepto de Pierre Bourdieu– en clave feminista: analiza las posiciones de los agentes, los *habitus*, las

¹ El texto en cuestión ha sido objeto de lecturas críticas en reseñas, tales como las de Paulo Andreas Lorca (2021), Mónica Barrientos (2021), Valeria Villalobos Guízar (2021) y Fernanda Nicolini (2024), así como de artículos, como el de Fernando Cabrera (2024), centrado en la noción de “autobiografía

lectora” con base en los textos de Eltit, Margo Glantz y María Teresa Andruetto de la misma colección.

² En efecto, las luchas feministas de los años 70 se elaboran e intensifican al calor de otros reclamos, “de las minorías oprimidas –negros, latinoamericanos, indios, blancos pobres–” (Hercovich, 1997, p. 87).

luchas por el poder y el capital según se han configurado siguiendo el sistema patriarcal. A través del recorrido de su biblioteca, en el corpus de textos y autores/as, Eltit delinea un modo de leer feminista de la literatura en general y del campo literario del que forma parte, coordinada desde donde relee, analiza, cuestiona, critica modos de leer tradicionales, corpus, autores y conceptos que responden a parámetros sexistas para medir la literatura y la escritura en general.

II. Leer críticamente: modos de dominación del campo literario

Desde la sociología y la filosofía, y desde un marxismo no ortodoxo (más bien, un posmarxismo), Pierre Bourdieu piensa a partir de la teoría social crítica la lucha de clases, pero diagramada no ya en forma piramidal y verticalizada o a partir de la distinción marxiana entre base (estructura) y superestructura, sino que la sitúa en torno al concepto de campos, que median entre lo social y lo individual en un vínculo durkheimniano entre ambos (1990, p. 109 y ss.). La lógica del sistema se funda en reproducir o perpetuar la desigualdad mediante la conservación de la estructura a partir de “la violencia legítima (autoridad específica)” (1990, p. 110). La violencia simbólica (1990, p. 197), por un lado, responde a un arbitrio cultural según el cual una parte de la cultura, un recorte, es presentada como la cultura universalmente válida, que desestima otras formas de cultura: por ejemplo, la literatura (la de hombres), frente a la literatura de mujeres, como veremos con Eltit. En otro aspecto, esta violencia simbólica, a manos del Estado y replicada en diferentes niveles de dominación, no solo reproduce las desigualdades, sino que asimismo conduce a los dominados a pensar con las categorías creadas por los dominantes, por la hegemonía que concentra capitales y ostenta el poder. Su eficacia reside, precisamente, en que no puede ser

dimensionada como forma de violencia, al basarse en el “desconocimiento de las bases reales de la dominación” (1990, p. 46). Las categorías de pensamiento y acción, que generan prácticas específicas, son concebidas como estructuras estructuradas (porque son adquiridas en los diferentes campos en los que se estructura lo social) y estructurantes, en tanto funcionan como principio organizador y creador de prácticas, en calidad de disposiciones para actuar, pensar y sentir de una forma determinada. Si bien Bourdieu estudió la dominación masculina, específicamente, en la sociedad tradicional de la Cabília, Argelia, al momento de elaborar su teoría de los campos no tuvo en cuenta, en general, un factor fundamental en las dinámicas de poder y luchas por el capital, el dominio y la hegemonía. En concreto, no tomó en consideración un tipo de poder estructural que todo lo atraviesa, a saber, el sistema patriarcal, que viene a sumar la dominación de género dentro de los diferentes campos. En su ensayo sobre la lectura, memoria y autobiografía lectora a un tiempo, Eltit modula una visión feminista de ese campo literario del que forma parte. Si bien no es esta su intención declarada, es decir, no está direccionada a hacer un análisis integral de un campo literario que de hecho no se constituye de manera orgánica ni homogénea, sino que es fragmentario, como sucede en América Latina en general (García Canclini, 1990), su recorrido lector se traza como un operador de sentido para leer el campo desde una óptica feminista, a modo de dispositivo de lectura descentrado que opera en la deconstrucción de prácticas literarias, cánones y representaciones androcéntricas: interpreta modos de dominación, relee corpus y autores/as, señala prácticas sexistas, decodifica conceptos y motes patriarcales.

El ojo en la mira se incluye en la colección Lector&s de la editorial Ampersand, colección dirigida por Graciela

Batticuore³ y que nuclea textos en los que se pide a los/las autores/as convocados/as que escriban la historia de sus lecturas: “Se trata, en definitiva, de explorar los lazos entre la vida y la lectura” (s. p., s. f.), señala Batticuore en la presentación de la colección en la página de la editorial⁴. Según la investigadora, el resultado son textos ensayísticos, pero que se fundan en verdad en el cruce del ensayo (género híbrido desde su definición) y la autofiguración. Pues lo cierto es que la historia de las lecturas lleva a autores y autoras a reconstruir la historia de sus vidas en sus facetas íntimas y públicas, en la su construcción como lectores/as, pero también como escritores/as. Los textos son ensayos que cruzan con lo autobiográfico, con el trazado de la figuración del yo escritor/a. Se encuentran en el límite de fronteras genéricas que –como sucede con todo Texto– lo convierten en inclasificable (Barthes, 1987, pp. 73-74). En ese “malestar de clasificación” propio del Texto (Barthes, 1987, p. 74) radica su potencial teórico y crítico, al situarse –en lo que respecta a su forma y contenido– fuera de la *doxa* limitante, excluyente y censora (Barthes, 1987, p. 76). El resultado son “escritos heterogéneos”, aunados por la mirada crítica que a la vez que reconstruye una vida lectora individual, marca el pulso de las coyunturas en las que se llevan a cabo tales lecturas.

Eltit convierte sus modos de leer en herramienta teórica y política a un tiempo. La conceptualización de modos de leer la tomamos de Josefina Ludmer, quien a su vez toma y reformula la expresión *modos de ver* del marxista británico John Berger. A la salida de la dictadura en Argentina, en sus

clases durante el año 1985 en la Universidad de Buenos Aires, cuando se reabre la carrera de Letras al tiempo que está teniendo lugar el Juicio a las Juntas Militares y que la democracia pugna por sostenerse en medio de una conflictiva transición, Ludmer plantea la crítica literaria como acción política, una en la que los modos de lectura signifiquen modos de posicionarse políticamente, no partidista, no ideológicamente. Eltit misma concibe el acto de leer como acción política, como práctica pasible de devenir en praxis puesto que se afirma bajo la influencia del riesgo. “Con la lectura de Freud se instaló en mí la certeza de la lectura como una zona de riesgo. Ese riesgo que porta el despliegue de la creatividad. Los sólidos tramos conceptuales necesarios para elaborar una interpretación” (Eltit, 2021, p. 8). En esta línea, en la lectura anida siempre un potencial de crítica, en el sentido en que la define Judith Butler. En su texto “¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault”, la piensa precisamente como una práctica arriesgada, desde el momento en el que implica la desujeción de ese sujeto que pone en riesgo un orden establecido como verdad perenne. Tal desujeción implica la transformación de sí, la cual conlleva el arte –y con ello la poiesis– de no ser gobernado: no ser gobernado “así, no de esta manera” (2008, p. 153). De allí que la crítica sea el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexiva y sea concebida como una tarea arriesgada según Butler, una zona de riesgo para Eltit.

En continuidad con lo anterior, hay en todo el libro una constante reflexión sobre el posicionamiento crítico que subyace al acto de leer –a sus modos de leer– que hacen

³ Escritora, editora, profesora de Literatura Argentina en la UBA e investigadora principal del CONICET. Su tema de investigación son las figuraciones del lector y la lectora, del escritor y la escritora.

⁴ El listado completo de autores y autoras que publicaron en la colección, hasta la fecha, es el siguiente (en orden de aparición de sus libros): Noé

Jitrik, José Emilio Burucúa, Daniel Link, Sylvia Molloy, Sylvia Iparraguirre, Alan Pauls, Jorge Monteleone, Edgardo Cozarinsky, Carlos Altamirano, Margo Glantz, Tamara Kamenszain, María Moreno, Daniel Guebel, Luis Gusmán, María Teresa Andruetto, Carlos Battilana, Luis Felipe Noé e Ida Vitale.

coincidir praxis política y crítica literaria. La lectura se modula como una actividad en la que anida un carácter liberador, de aquella desujeción a la que se refiere Butler vía Foucault. Así, Eltit dimensiona la práctica de la lectura con la distancia que dan el paso del tiempo y la reflexión: “Hoy puedo reconocer que, en realidad, leer me empujó a decisiones que podrían ser pensadas como emancipatorias” (Eltit, 2021, p. 17). Por ello más adelante afirmará: “Leyendo escogí un sitio político. Leyendo pude encontrar un espacio de escritura. Leyendo me sobrepuse. Y leyendo he podido modificar algunos de mis presupuestos. Cambiar la óptica, pero dentro de una misma matriz” (Eltit, 2021, p. 48). La lectura es sitio político, es condición sine qua non de la escritura. Es no solamente un acto específico y circunscripto sino la posibilidad de articular modos de leer propios que coadyuvan al surgimiento de perspectivas y ópticas transformadoras de las tramas políticas convalidadas por los órdenes imperantes. Se trata de una práctica no partidista y en su sentido amplio y abarcador, capilarizado, en términos foucaultianos.

III. La lectura de la escritura

Si en la lectura reside un potencial crítico que conduce al cuestionamiento de, según Butler, las formas de gobernanza establecidas, será también la propia escritura de Eltit la que se configure como práctica desestabilizadora. En sus escritos

hay una toma radical de partido, sea por su forma, por su contenido o por ambos a la vez: sabemos, desde los formalistas rusos, que la distinción tajante entre los dos elementos es una quimera, que el contenido –como lo entiende Raymond Williams vía Hegel– es forma decantada históricamente en tanto elemento formal que supone un posicionamiento político (Williams, 1997, p. 173). El trabajo con el lenguaje, la poética de una sintaxis descoyuntada y fragmentaria, como se ve desde *Lumpérica* (texto que Eltit dice haber escrito con un censor al lado)⁵ se formula como un lenguaje y un discurso alternativos al poder dictatorial y de facto⁶. Desde esta novela (simultánea a su militancia en el Colectivo de Acciones de Arte [CADA]), en adelante, su quehacer escritural se configura como contracara de lo real, a modo de mecanismo de resistencia ante una dictadura, unos hechos, un lenguaje autoritario aparentemente omnímodo, que viene a verse resquebrajado por una sintaxis escandida –la cual funge en mecanismo para sortear la censura– en tanto vía de desarticular esa realidad supuestamente cerrada. En el marco de la dictadura, entonces, la literatura se yergue como punta de lanza para la denuncia, aunque más no sea de modos simbólicos, velados y a través de los subterfugios de un decir vigilado por los militares. En *Lumpérica*, Eltit empuña la palabra y el lenguaje como instrumentos que, mediante un decir altamente sugestivo, cuestionan, denuncian, dirimen aspectos de la arena de

⁵ Dice la autora: “yo escribí con un censor al lado, en el sentido más simbólico del término, porque yo sabía exactamente que mi libro iba a dar a esa oficina. Entonces, tuve varias censuras: por una parte, este censor real que estaba allí aunque yo no lo conocía; por otra parte, las censuras que yo misma podía pensar –las mías–; y después, todas las censuras estéticas que uno trabaja para escribir un texto” (Lazzara, 2002, p. 92).

⁶ A fines ilustrativos, se incluye tan solo un fragmento de la sintaxis desarticulada sobre la que se construye gran parte del texto, que lo reviste de ese halo de

fragmentariedad que va en contra de lo autoritario pero que asimismo replica la condición minorizada de los sujetos: “La fiesta bautismal colectivizada. / Porque el que se libera de las culpas emana. / Bañado por líquido/ Se alivia. / Los desarrapados que reciben los rayos del luminoso. / Para repetirse en la pantalla como documentos: la fe del bautizo. El griterío de la redimida. / Para que se ensordezcan con sus chillidos esos mismos extras. / Como calentura y obscenidad serán. / Hasta que agarrotados en sus gargantas cesen” (1983, p. 20).

lo social y del sistema político, a partir de un sistema literario que pone en cuestión su propia materialidad –el “arrepentimiento del signo”, según Nelly Richard (1991, p. 5)–. Todo converge en un decir negado a causa de la dictadura: la sintaxis entrecortada y afincada con base en hipérbaton, “restos de lenguaje, retazos de signos” –como se dice a propósito de los balbuceos de la protagonista L. Iluminada (Eltit, 1983, p. 10)– es tan solo uno de los procedimientos que ilustran estas microrresistencias en el devaneo de la palabra. Eltit rastrea los orígenes de esta estética escritural en su lectura de la neobarroca *Cobra*, de Severo Sarduy. Nuevamente lectura y escritura se articulan como en una banda de Moebius, donde es imposible distinguir términos o establecer binomios, fundamentándose en un *continuum* que va más allá de la letra escrita: en la lectura hay escritura y en la escritura emergen los textos como un tejido discursivo en el cual resulta imposible establecer filiaciones (Barthes, 1987, p. 76). Serán fragmentos de esta novela (del apartado “De su proyecto de olvido”) en su proceso de escritura los que la autora elija para leer en voz alta en un prostíbulo de la comuna de Maipú de Santiago de Chile, como parte de su performance *Zona de dolor I*, con lo que conecta su escritura literaria como parte de una intervención artística donde su arte, en sí mismo, se define como intervención en lo real, en tanto “arte social” (Neustadt). En su producción, en efecto, los personajes disidentes anclan su ser en lo minoritario, abarcando las mujeres (*Vaca sagrada*, [1991], *Fuerzas especiales* [2015]); minorías sexuales, como puede verse en las páginas de *Por la Patria* (1986) y, en otro registro pero con similares tópicos, en *El cuarto mundo* (1988); individuos psiquiátricos, tal es la figura que da materia a *El padre mío* (1989), conocido por Eltit, junto a Lotty Rosenfeld, en el deambular –de ellas y de él– cual trapero de Walter Benjamin por la ciudad de Santiago de Chile. Se sedimentan

diversos imaginarios de lo latinoamericano en sujetos subalternos –para usar la expresión conceptual de Gayatri Spivak (2011)– que acusan el impacto de múltiples formas de ejercicio del poder, a través de discursos cuyo objetivo está direccionado a minar la oficialidad, los universos masculinos como medida de todas las cosas y sus discursividades en teoría cerradas. Por ello, cada uno de estos sujetos que toman cuerpo en personajes minoritarios (mujeres, prostitutas, esquizofrénicos) es incluido en los textos como poseedor de función en sí mismo, pero además a condición de condensar la representación de otros excluidos, en tanto individuos a “contrapelo del poder” (Eltit en Foxley, 1988, p. 4).

En *El ojo en la mira*, la autora delinea el sino de una postura política contrahegemónica, minoritaria: “Escribir a contracorriente podría pensarse como una forma de subversión. Pacífica. O no pacífica” (Eltit, 2021, p. 43). Por esto mismo Eltit sostiene que “ninguna práctica estética carece de política”, a lo que agrega:

Me refiero a una política que está impresa en las opciones, giros, zonas, en fin, en todo aquello que permita una decisión con la letra. No me refiero a los contenidos evidentes de una obra sino más bien a la ruta escogida para llevar adelante un proyecto (Eltit, 2021, p. 94).

Los procedimientos o artificios de un texto, el trabajo con la materialidad del lenguaje, su forma que además hace al contenido, unas elecciones lingüísticas y discursivas frente a otras, todo ello junto y por separado conducen a pensar en el carácter político de la palabra literaria; tal como lo cuenta Eltit cuando se refiere a su trabajo que aúna lo fragmentario con el borde y lo marginal, diciendo que le interesa “el divagar que permite la fragmentación, la pluralidad, la arista y el borde, [...] ‘la dispersión’. Lo disperso será siempre aquello que se recorta como margen porque cuestiona los centros y su unidad” (p. 173).

Eltit tiene la consciencia de que su estética es minoritaria, lo que la hace sentir posicionada en un lugar frágil, de dominación, en el campo literario y en el mercado: “Tengo la plena claridad de que estoy parada literariamente en un territorio minoritario o ultraminoritario. He publicado varios libros, pero siempre mantengo un grado de incerteza e inseguridad” (Eltit, 2021, p. 25). Como veíamos, desde la escritura de su primera novela, la autora sienta las bases de un proyecto escritural militante que posiciona la mirada en lo marginal (Prado Traverso, 2015, p. 139 y ss.), concibiendo el arte como acción política: personajes, espacios, acciones y pensamientos diferenciales pueblan sus textos, además de que su propia escritura responde al nomadismo (Espinosa, 2018).

Si antes veíamos, grosso modo, estos rasgos transversales a su producción artística, señalamos ahora que es también la producción crítica un espacio que, abroquelado en las trincheras de la palabra dicha en sordina, se constituye en territorio de resistencia. Las publicaciones producidas en Chile durante el lapso que abarca el gobierno de facto por mujeres en diferentes ámbitos, entre ellos el académico, funcionaron a modo de prácticas de reflexión alternativas en un medio donde el intento oficial estaba direccionado a imponer un pensamiento e ideas únicas, como si tal cosa fuera posible. Hacia fines de la dictadura pinochetista, en 1990, Eltit comienza a colaborar en la *Revista de Crítica Cultural*, dirigida por Nelly Richard. El rol tradicionalmente asignado a la mujer por la institucionalidad patriarcal – llevado a los límites en dictadura– será minado por el solo posicionamiento que implica que las mujeres participen de la esfera pública, desde ámbitos como la academia, la crítica literaria y cultural, marcando el pulso de una búsqueda feminista por reafirmarse en el ámbito público. En efecto, los itinerarios escriturales y artísticos de Eltit están

trazados, entre otras líneas, por un feminismo relacional e interseccional, aun cuando ni la autora ni la época asignaban estos nombres a aquella forma de entender la realidad que vivían las mujeres; más aun, cuando el feminismo era “mala palabra” en un Chile arrollado por los militares. En su caso y en el de otras artistas, ser feminista significaba enarbolar un arma de resistencia frente a ese poder (Eltit, 2013, p. 133) que inscribía la represión en los cuerpos, que perseguía ideas alternativas a su ideal hegemónico de nación y que censuraba el arte que portaba esas ideas. Ya la literatura moderna, desde su misma concepción, opone discursos múltiples, fragmentarios, abiertos (Barthes, 1987) ante los relatos y discursividades hegemónicas.

Además de vislumbrarlo en su escritura, la autora encuentra lo minoritario también en sus lecturas. A partir de esta base delinea las dinámicas entre hegemonía (mercantil) y resistencia, lo alternativo en términos williamsianos (Williams, 1997, p. 129 y ss; p. 143 y ss.):

Mediante lecturas y lecturas llegué a admirar estéticas minoritarias. [...] Han sido encuentros sorprendentes con libros dotados de una densidad tan consistente que hacen de la lectura un acto riesgoso y necesario. Desde luego, estas obras no coinciden con el escenario comercial dictaminado por las hegemonías. Quizás las admiro precisamente por la resistencia y su poder de habitar e inscribirse en regiones alternativas. Me parece evidente que los espacios hegemónicos buscan el control del aparato cultural mediante la normalización de la letra o de la imagen, para esgrimirlo como sede de contención fundada en la transparencia (Eltit, 2021, pp. 93-94).

Aunque sin mencionarlos, sigue la idea de Bourdieu y Passeron (1996) de la reproducción social mediante instituciones y sistemas como el escolar, la industria editorial y el poder estatal, que ponen a funcionar la violencia simbólica de seleccionar, recortar e imponer una única forma y contenidos de la cultura como universalmente válidas:

Una pedagogía de la letra y la imagen que se inicia en la escuela y, más adelante, la intervención de un conjunto de políticas editoriales y poderes mediáticos colaboran para generar un orden cuyo eje radica en la producción consensuada de los centros que administran la cultura (Eltit, 2021, p. 94).

IV. Mujeres de la literatura

Como advierte Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, publicado por primera vez en 1949, el hombre se presenta en calidad de absoluto universal, medida de todas las cosas, mientras que la mujer se define como la gran otra en relación con ese absoluto (2009, p. 36). Desde la filosofía existencialista, los varones se situarían en el marco de la trascendencia y las mujeres, por el contrario, quedarían relegadas a la pura inmanencia, al no tener un proyecto de vida propio sino responder a roles asignados de antemano, según una supuesta y errónea esencia femenina que precede a la existencia (2009, p. 53). Como lo plantea Ana María Fernández, la superioridad masculina se justifica ya desde los discursos judeocristianos en los que la mujer es solo un apéndice defectuoso del hombre. Estos relatos se ven reforzados por el discurso médico de la Edad Media, que se acopla y superpone al planteo de la inferioridad e incompletud de la mujer; y antes, desde la filosofía y el mundo clásico, donde la mujer queda relegada de la polis, ajena a la ciudadanía. Los criterios dicotómicos propios del pensamiento occidental (1993, p. 36) inferiorizan la alteridad (1993, p. 37): “en nuestra cultura, las nociones de Hombre y Mujer se organizan desde una lógica binaria: activo-pasiva, fuerte-débil, racional-emocional, etc., donde la diferencia pierde

su especificidad para ser inscrita en una jerarquización” (1993, p. 37). A esta lógica binaria, que estructura todos los órdenes sociales, entre ellos, el campo literario, se refiere Eltit, en un intento por plantear la urgencia de revisar conceptos, de virar epistemes y de asumir la tarea política que implica un proceso activo de resignificación y reconfiguración del campo: “La tarea política es restaurar la letra, desbiologizarla y llevarla a habitar la precisión del sentido. [...] Desde esa perspectiva, me parece urgente romper el binarismo: literatura de mujeres y literatura (de hombres, la verdadera)” (Eltit, 2021, p. 19)⁷. Inmediatamente después la autora emplea los términos de Bourdieu a los efectos de pensar el modo por el cual la inclusión de las mujeres en el campo literario se da bajo un agrupamiento forzoso que no respeta ni la singularidad de cada una y, por lo mismo, no concibe la pluralidad ni de figuras autorales ni de estéticas:

Pensé y pienso que el “campo” literario, según la conceptualización de Bourdieu, agrupa de una manera global a las mujeres que escriben bajo el rótulo de “literatura de mujeres”, sin importar la dirección ni la calidad de sus estéticas. Y, de esta manera, la literatura, la única, sin apellidos, sigue en el orden inamovible de lo masculino. Cuando indico masculino me refiero a un orden que integra también su disidencia sexual “hombre” (Eltit, 2021, p. 19).

Así como instala el debate en torno a conceptos, Eltit relee el canon en clave de género. Existe una tradición selectiva – tomando los términos de Williams – que en la literatura occidental construye canon en torno a figuras masculinas:

[...] ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados y otros

⁷ Expone la autora: “Me resulta perturbadora la biologización de la letra en la cultura. Las gestiones, congresos, organizaciones que se formularon y se desplegaron para examinar producciones y hacer visible la “literatura de mujeres” en un primer tiempo (hace más de treinta años) me parecieron inclusivas, necesarias, políticas. Participé como una de las

organizadoras del primer congreso de escritoras que se realizó en Chile, en el año 1987, pero más adelante comprendí que el sistema literario convertía ese movimiento reparador en una maquinaria desde la cual era posible discriminar de manera masiva” (Eltit, 2021, p. 19).

significados y prácticas son rechazados y excluidos. Sin embargo, dentro de una hegemonía particular, y como uno de sus procesos decisivos, esta selección es presentada y habitualmente admitida con éxito como 'la tradición' (Williams, 1997, p. 138).

Este proceso de construcción de hegemonía, de dominación dentro del campo literario es lo que lleva a subrayar a la autora que su tiempo lector haya estado regido por escritores: "La ausencia de escritoras en los programas escolares (y más adelante en los estudios universitarios) estaba naturalizada" (p. 16; también p. 17). La autora puede ver, con la perspectiva que da el tiempo, la acción de naturalizar la discriminación o el dominio masculino, al punto de aparecer invisibilizada la opresión. De igual modo que cuestiona el canon como parte integrante del campo literario, critica la mirada prejuiciosa y cercenada que reduce solo a ciertos contenidos la literatura escrita y leída por mujeres:

Mantuve siempre una posición crítica ante los dictámenes de ese tiempo que escribían el género como una mera producción de sentimentalismo, un programa hegemónico que capturaba y mantenía a las mujeres jóvenes o muy jóvenes, como yo, a la espera triunfal de un futuro idéntico a una ingenua teleserie romántica (Eltit, 2021, p. 16).

Emerge en diferentes zonas del libro de Eltit la hibridación entre lo personal y lo político propia del ensayo feminista del siglo XX. Al mismo tiempo que subraya "la decisión de no acatar las obligaciones cosméticas impuestas a lo femenino" y el rechazo al maquillaje (Eltit, 2021, p. 17), posiciona su propio lugar como agente en un campo literario, cultural e intelectual "poblado de un machismo encubierto o manifiesto" (p. 17; también p. 51), cuya presencia redobla las fuerzas de dominación y opresión y ayuda a mantener la estructura o estado del campo (Bourdieu, 1990, p. 110).

En un giro propio del género ensayístico, la autora se dirige de lo particular a lo

general, desde las dominaciones en el campo literario a la opresión general hacia las mujeres en otros campos que estructuran lo social, como el económico y el religioso:

La desigualdad que atenta en contra de las mujeres la entiendo como una condición que atraviesa las culturas, incrementa las economías, favorece a las religiones, promueve la violencia. Se trata de un abierto mal congénito que la historia humana no ha superado. Nada parece suficiente. Las energías que han desplegado las mujeres para romper los cercos materiales y simbólicos en que han transcurrido sus tiempos son visibles desde hace al menos dos siglos (Eltit, 2021, p. 18).

Si bien reconoce la insuficiencia de los esfuerzos y de las luchas feministas por la búsqueda de la igualdad, Eltit observa cambios en las posiciones relativas que ocupan las mujeres. No obstante, esas modificaciones se han dado en el correlato de otros cambios en lo social, lo que equivale a pensar que la conquista de derechos no implica relegar obligaciones que, sumados ambos, conducen a una doble opresión:

Si se examinan las formas de dominación, los mandatos, las pedagogías del cuerpo, las cartografías de la violencia que han experimentado las mujeres a lo largo de su transcurso histórico, sería posible señalar que la posición de la mujer en el interior del aparato social se ha modificado. Pero, desde mi perspectiva, todo el sistema social cambia debido al conjunto de nuevas técnicas, tecnologías y demandas productivas que generan renovados paradigmas. Me refiero, claro, al mundo occidental. Sin embargo, las modificaciones conservan la asimetría (Eltit, 2021, p. 18).

La autora se refiere al efecto por el cual los derechos adquiridos son empleados por las hegemonías como pantalla detrás de la cual esconder las desigualdades persistentes: "pienso que existen máscaras que simulan grandes modificaciones [...] pero que en la malla en que se sostiene la trama social, la gran desigualdad opera con

una precisión indesmentible” (Eltit, 2021, p. 18).

V. Los cuerpos como corpus literarios

Una perspectiva feminista de la literatura, con modos de ver que operen bajo el extrañamiento de la mirada, implica no solo leer textos no incluidos en el canon literario, sino además releer aquellos textos sí contemplados por la historia literaria, la crítica, pero con claves renovadas y modos de leer que deconstruyan las perspectivas cristalizadas y reproducidas por aquella tradición selectiva a la que hiciéramos referencia anteriormente. Se trataría de un gesto similar al de leer o “cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2008, p. 71), como lo planteara Walter Benjamin, puesto que todo documento de civilización contiene uno de barbarie. “Ya dije que una de mis obsesiones conceptuales ha sido el cuerpo como imposibilidad, y en esa línea de pensamiento ha estado presente la diferencia” (Eltit, 2021, p. 68), asevera Eltit, quien construye un corpus de tres novelas chilenas (*Alsino* [1920], de Pedro Prado; *Patitas de perro* [1965], de Carlos Droguett; *El obscuro pájaro de la noche* [1970], de José Donoso), en cuya diégesis los cuerpos diferentes, no normados, son figuración de la diferencia en general, de lo minorizado, lo oprimido⁸. También a partir de la

mencionada obsesión conceptual del cuerpo, la escritora chilena configura otro tipo de corpus, uno que dimensiona el cuerpo de las mujeres como ficciones tejidas por los discursos que las objetivan, como constructo (“construcciones y constricciones discursivas”, al decir de Valeria Villalobos Guízar). El resultado es la cosificación y su transformación en objetos de y para el consumo:

El cuerpo y sus dilemas me han convocado una y otra vez. Pienso en el cuerpo como una zona discursiva, un experimento. Me ha interesado el cuerpo, ya lo dije, como imposibilidad, como ficción, como ajenidad ante un modelo ficcional que se impone como verdad. Un cuerpo por pedazos, fragmentos que se escapan y huyen, siempre imperfectos. He pensado largamente en el cuerpo como una doble ficción. Por una parte, los poderes escriben un relato corporal y el mismo cuerpo desliza esa ficción a su trama corpórea, también ficcional. Desde luego mi mirada está puesta en el cuerpo de las mujeres como las protagonistas de esa gran zona discursiva y como campo experimental para cada uno de los sistemas (Eltit, 2021, p. 22).

El cuerpo de las mujeres convertido en objeto de dominación y opresión constituye uno de los reclamos y luchas que denuncia la denominada segunda ola del feminismo hacia los años 70⁹. De igual forma, la opresión es internalizada por las mujeres:

⁸ Con el intertexto del mito de Ícaro, Alsino tiene alas y por ese motivo es rechazado. El cuerpo no normado lo convierte en diferente, en víctima. Pero son al mismo tiempo sus alas las que le permiten evadirse aunque también, como para Ícaro, serán su perdición. Por su parte, el título de la novela de Droguett es referencial de la condición del personaje: se trata de un niño que posee patas de perro, motivo por el cual sufre múltiples discriminaciones en su familia, por parte de los vecinos, en la escuela. Pero lejos de verlo como un problema, el niño sí acepta lo que los demás rechazan, en un gesto que acoge la diferencia y por el cual, al mejor estilo deleuziano, deviene animal: se une a la jauría de perros de su barrio que él mismo libera. Finalmente, en la novela de Donoso, el padre de Boy, niño con discapacidad, intenta formar una comunidad (con personas con

alguna “anormalidad” de los circos o las calles) en la que su hijo no se sienta diferente. Pero se terminará descubriendo que las diferencias, las jerarquías, las discriminaciones se replican en todo grupo o comunidad. Según Paulo Andreas Lorca, los tres libros “son leídos en virtud de sus ‘monstruos literarios chilenos’ —el imbunche, el niño cinomorfo y el Ícaro” (2021, s. p.).

⁹ Tomamos cierta distancia discursiva de la periodización en “olas” del feminismo puesto que, en general, responden a la configuración de la historia desde una mirada positivista y sesgada, dejando de lado, por ejemplo, actuaciones individuales de mujeres o los feminismos negros. Como sostiene Donna Haraway, “importa qué historias contamos para contar otras historias” (2019, p. 35).

Me ha asombrado la construcción paradójica que hacen los sistemas alrededor de ese cuerpo. De manera tácita o explícita el cuerpo de la mujer es central como construcción y, en un sentido amplio, lo vuelve temible, y por temible, sujeto a la opresión y al control incesante. Así, el cuerpo de la mujer se convierte en un objeto cautivo por el conjunto de las instituciones, al punto de que esas instituciones penetran capilarmente para internalizar allí sus mandatos. Como angustia. Como imposibilidad (Eltit, 2021, p. 22).

En términos de Bourdieu, desde su dialéctica durkheimniana social-individual, “el cuerpo está en el mundo social, pero el mundo social está en el cuerpo” (1990, p. 53), inscripto para funcionar con la aquiescencia inadvertida de quien padece la violencia. Merece citarse *in extenso* la explicación de este proceso de reproducción de la opresión:

Recordar las pertinaces huellas que la dominación imprime en los cuerpos y los efectos que ejerce a través de ellos no significa aportar argumentos a esa especie, especialmente viciosa, que ratifica la dominación consistente en atribuir a las mujeres la responsabilidad de su propia opresión, sugiriendo como se hace a veces, que ellas deciden adoptar unos comportamientos de sumisión [...] Es preciso admitir a la vez que las inclinaciones “sumisas” que uno se permite a veces para “censurar a la víctima” son el producto de unas estructuras objetivas, y que esas estructuras solo deben su eficacia a las inclinaciones que ellas mismas desencadenan y que contribuyen a su reproducción. El poder simbólico no puede ejercerse sin la contribución de los que lo soportan porque lo construyen como tal. [...] Claramente de ese modo que esta construcción práctica, lejos de ser un acto intelectual consciente, libre y deliberados de un “sujeto” aislado, es en sí mismo el efecto de un poder, inscrito de manera duradera en el cuerpo de los dominados bajo la forma de esquemas de percepción e inclinaciones (2010, p. 59).

Por su parte, la internalización de los mandatos podría explicarse por la configuración de *habitus* mediante el proceso de interiorización de lo exterior y de

exteriorización de lo interior, originado por estructuras objetivas (u objetivizadas) que generan a su vez prácticas individuales, “las disposiciones adquiridas, las formas duraderas de ser o de actuar, que encarnan en cuerpos en el marco de la compleja dinámica entre lo individual y lo social” (Bourdieu, 1990, p. 69). Se trata de las “inclinaciones (*habitus*)” inseparables de las estructuras (Bourdieu, 2010, p. 63), “especies de programas” informáticos (Bourdieu, 1990, p. 91) que conducen (inclinan) a maneras de elegir que no son elegidas (“esquemas generadores” [Bourdieu, 1990, p. 114]):

El cuerpo de las mujeres me parece hoy, después de décadas de pensarlo, como una producción discursiva, una “zona de sacrificio” (ocupando un término medioambientalista)”, porque ese es el cuerpo que sostiene la economía por la vía del salario inequitativo o de los trabajos impagos. Un cuerpo-objeto rentable para la industria cosmética, un campo interminable para la ingeniería reproductiva, una mera zona psíquica, un espacio de prohibiciones, una piel para ejercer la violencia. Un no (Eltit, 2021, p. 22).

Párrafo aparte merecen las teorizaciones del feminismo marxista, según el cual las mujeres se encargan de la reproducción de la fuerza de trabajo del proletariado, del obrero –devenida en mercancía con el capitalismo. Estas tareas de cuidado y reproductivas (que no son vistas como trabajo por carecer de un salario) se llevan a cabo en el ámbito privado de la familia y la casa, configurada esta última bajo la lógica de la fábrica o la empresa (Larguía y Dumoulin, 19786, p. 14). Se trata del “trabajo invisible” (los “trabajos impagos” según Eltit), concepto formulado por Isabel Larguía, también al calor de las luchas feministas por la reapropiación del cuerpo de las mujeres y la lucha por el salario doméstico en el norte del continente: “El producto invisible del ama de casa es la fuerza de trabajo [...] Pero no es ella la propietaria de la fuerza de trabajo que produce, sino que esta pertenece a su

esposo e hijos, y son ellos quienes la venden” (Larguía y Dumoulin, 1976, p. 16). Simultáneamente, y en razón de que son los hombres quienes ofrecen su fuerza de trabajo, la familia se configura como ámbito privilegiado de la propiedad a cargo del *pater familiae* y se genera lo que Silvia Federici denomina “el patriarcado del salario” (2018). Esto se convierte en factor clave en la organización de la desigualdad dado que el varón tiene la potestad sobre el salario, no exento de alcances disciplinadores: se crea “una situación donde la violencia está siempre latente” (Federici, 2018, p. 13). En su libro *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2010), publicado por primera vez en 2004 pero con reflexiones teóricas afincadas en su activismo en la década de los 70, Federici señala, entre los olvidos de Marx, que únicamente tuvo en cuenta a la mujer –y tan solo de forma parcial– tras su ingreso a las fábricas durante la Revolución Industrial. Esto, por otra parte, es congruente con la evidencia de que “todos los indicios apuntan a que la integración de la mujer en la economía global es un proceso violento” (Federici, 2013, p. 84). Pero más allá de esto, existe una división sexual del trabajo construida y no natural, que Marx no supo tener en cuenta: el trabajo productivo, llevado a cabo por los hombres; el trabajo reproductivo, realizado por las mujeres y que incluye la procreación, las tareas de cuidado y reproductivas de sus hijos y compañeros –así como de otros miembros de la familia– la transformación de las mercancías en valor de uso que repone las fuerzas de trabajo. Para Federici, las dictaduras son nuevas formas de acumulación originaria y las subversivas, las brujas modernas que atentan contra el sistema económico, lo cual motiva su persecución (2023, s. p.). De allí que se instrumentaran formas de violencia diferenciales sobre las mujeres en las dictaduras del Cono Sur. Sin ir más lejos, los gobiernos de facto de la región se afirman como proyectos políticos y económicos con

el apoyo y asesoramiento de los Estados Unidos, en el marco de la Guerra Fría contra el comunismo (McSherry, 2009, p. 37), amparadas por el fundamento ideológico de la Doctrina de Seguridad Nacional (Pasten, 2006, p. 3) y reafirmadas por la implementación de la Operación Cóndor. En este contexto, las mujeres debían ser funcionales a ese sistema del capital en su etapa neoliberal, motivo por el cual fueron doblemente perseguidas y castigadas (cuerpos convertidos en “piel para ejercer la violencia”, según Eltit), como se verá en el siguiente apartado.

VI. Lecturas (de las) feministas. Contra la dictadura

En el caso de Eltit, la lectura de autoras feministas como parte de un acervo cultural y de formación teórica, crítica y literaria viene dada por su articulación con la práctica política, con el activismo militante y esa teoría que se origina precisamente entre la praxis y la academia. El arco se traza, en la década del 80, desde los movimientos antidictatoriales a la lectura de la historiografía de las luchas por el sufragio femenino (Eltit, 2021, pp. 20-21), sobre el que luego escribirá la propia Eltit en *Elena Cafferena: el derecho a voz, el derecho a voto* (1992) y *Crónica del sufragio femenino en Chile* (1994). Por un lado, los encuentros con Elena Caffarena “reafirmaron la certeza de que las mujeres que escribíamos teníamos que trabajar en la protección de la memoria, en resguardar y a la vez relevar las figuras que se volcaron a los primeros gestos y gestas. Las mujeres que permitieron y que arriesgaron” (Eltit, 2021, p. 22). Hay una conciencia de la escritura en términos feministas, como construcción de la memoria desde los casos particulares. Una escritura que opera como reaseguro del gesto crítico que implica riesgo –según veíamos con Butler y con la propia Eltit– a la que subyace un modo de leer el campo literario e

intelectual, el cual presenta puntos ciegos en cuanto a la memoria de las mujeres. Modos de leer que van en busca de lo no dicho, lo no contado, los puntos ciegos de la historia y las invisibilizaciones fogueadas por los sesgos patriarcales del campo y sus prácticas sexistas. Por otra parte, Eltit sitúa el origen de su escritura de la *Crónica...* en las lecturas de corte feminista: “fueron las lecturas del tiempo las que me impulsaron a escribir un libro sobre la obtención del derecho a voto femenino en Chile” (Eltit, 2021, p. 21). A propósito del género crónica como opción para el relato, la autora señala: “Desde luego nunca busqué construir una historia, sino que pensé en una crónica parcial que podía operar como difusión general para restaurar así un transcurso totalmente velado por las historias oficiales” (Eltit, 2021, p. 21). Frente al carácter total y objetivo de la historiografía, Eltit opone el talante parcial de la crónica como forma de inmiscuirse en las fracturas de los relatos oficiales, modulación típicamente minoritaria al momento de la narración de una historia: lo parcial, lo no contado, lo silenciado. Como señalan Laura Arnés, Lucía de Leone y María José Punte, coordinadoras del volumen colectivo *Historia feminista de la literatura argentina* (proyecto editorial dirigido por Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte), la deconstrucción se opera desde la misma construcción del relato (2020, p. 11).

En cuanto a esta importancia de la opción por géneros parciales, de lo particular, lo singular, interesa destacar que el género al que pertenece el texto en cuestión o, más precisamente, su hibridez genérica a la que nos referimos al comienzo, hace que la forma devenga contenido. *El ojo en la mira*, ensayo crítico literario, en franca imbricación con la autobiografía lectora, intelectual y vital, se presenta como inflexión política en el sentido de que se trata de un género no normativizante, que marca el pulso de la deconstrucción tanto de la forma como de

las ideas. Podemos remitir a un texto capital como el de Theodor Adorno, según el cual la forma del ensayo va en consonancia con modos no autoritarios del pensamiento, al estar emparentado con la libertad de espíritu de la poesía (1962, p. 12). El ensayo, situado entre el arte, la literatura y los saberes disciplinares, se modula como producto ambiguo (1962, p. 12) cuya hibridez se yergue en condición de posibilidad de un pensamiento que no apunta a una construcción cerrada, sistemática o metódica, ni deductiva o inductiva, que acentúa lo parcial frente a lo total, que no procede linealmente y en un solo sentido (1962, p. 23), que se escribe de manera fragmentaria y en contra del dogma y la doctrina (1962, p. 19). La misma distinción entre forma y contenido cae en abstracto, quedando solo como resabio de una lógica positivista que clasifica y ordena, que restringe y estructura con base en una objetividad inexistente. Según Adorno, el ensayo es la forma crítica por excelencia (1962, p. 30), con lo que podría decirse, a priori, que es un género crítico hacia el lenguaje y los regímenes del discurso (Foucault, 1992) patriarcales: “Por eso la más íntima ley formal del ensayo es la herejía” (1962, p. 36). Al igual que Bourdieu califica de herejes (1990, p. 110 y ss.) a aquellos agentes que pugnan por modificar las reglas del campo y su statu quo, con su ensayo Eltit cuestiona las reglas de dominación de un campo literario que se caracterizó por la lógica de lo masculino.

En otro aspecto, retomando la conjunta militancia y lecturas feministas de la autora, interesa destacar que esta injerencia en lo social y en la teoría a un tiempo se da “como participante de los movimientos antidictatoriales” (Eltit, 2021, p. 21). El interés radica en que toda dictadura ostenta un carácter eminentemente patriarcal (Laudano, 1998, p. 9). En efecto, los militares al mando de las dictaduras del Cono Sur consideraron a la mujer militante doblemente transgresora (Aucia, 2011): por

cuestionar un sistema a través de sus ideologías; por haber transgredido el rol que por mandato social les correspondía: madres, esposas, amas de casa. Esto es, el ámbito de lo privado –tradicionalmente despolitizado, según Patricia Hill Collins y Sirma Bilge (2019, p. 36)– y no el de lo público, como lo es el de la política. Al objetivo de los militares de perseguir y violentar a las mujeres subyacía un afán aleccionador que consistía en recordarles los mandatos sociales que sobre ellas pesaban, y en simultáneo el lugar que por su género les correspondía. Estos mandatos fueron manifestados por ellos discursivamente, a partir de las intenciones perlocucionarias de la palabra hablada, pero también fueron pronunciados sobre los propios cuerpos, mediante la violación y la violencia sexual, entendidas en tanto mensaje, tal como explica Rita Segato (2003, p. 14). Todo esto dado en el marco del plan sistemático genocida y como parte integral de un “terrorismo sexual” (Sheffield, 1997). Nuevamente desde el feminismo marxista, puede vislumbrarse la funcionalidad económica de los mandatos reforzados por el régimen hacia la mujer, que las relega al ámbito de lo privado del hogar: se trata de conminarlas a los trabajos de reproducción y a las tareas de cuidado que sostienen el trabajo productivo en el sistema del capital, como veíamos más arriba. Eltit insiste, en efecto, en un artículo titulado “Las dos caras de la moneda”, en “no dejar de leer que lo que estaba detrás del avasallamiento a los cuerpos, aquello no dicho, radicaba en un deseo económico, en una forma salvaje de repactar el capital” (2000, p. 5).

VII. Sobre la condición feminista y minoritaria de la literatura

Tal como lo concibe Jacques Derrida (2019), en la cultura y el pensamiento occidental tiene lugar no solo el logocentrismo en tanto episteme que domina las formas de

estructuración y acceso al pensamiento, sino que a aquel se superpone el falocentrismo (el patriarcado como sistema que todo lo abarca). Conjugados, resultan en el falogocentrismo occidental. Veámos anteriormente, con Ana María Fernández, que el pensamiento occidental, desde la razón aristotélica, se halla estructurado en binarismos que dan como resultado una lógica atributiva y jerárquica. Las teorizaciones derrideanas sobre la deconstrucción darán sustento teórico y práctico a la idea de la deconstrucción sobre los géneros, en la denominada tercera ola del feminismo que, a través de los estudios *queer*, queda inaugurada con autores como Judith Butler. En este sentido, la deconstrucción y el término derrideano de *différance* (1997) resultan productivos para pensar esa deconstrucción del género y de la lógica binaria asentada en el falogocentrismo. Si se trata de deconstruir, la literatura se presenta propicia, como discurso descentrado que deconstruye no solo contenidos, sino también formas de pensar, modos de leer. El discurso literario, más que otros, pone en escena la idea de *aplazamiento* del sentido inherente a la *différance*, en cuanto el significado no está presente, sino que se da en la interacción entre presencia y ausencia, constituido mediante el proceso potencialmente interminable de aludir a todos los restantes significados ausentes.

Tanto desde la interacción entre su especificidad (Shklovsky, 1978) y su cualidad de lo inespecífico (Garramuño, 2015) –no como oposiciones binarias sino como una gradación en la que los términos no se excluyen, sino que se integran– la literatura opera en sí como un modo de leer aquello que otros discursos sociales dejan de lado, omiten, descartan (Rosa, 1987). Para hacer este planteo, Eltit remite a “¿Qué es lo contemporáneo?” de Giorgio Agamben (ensayo recogido en su libro *Desnudez*), donde el filósofo italiano define lo contemporáneo de manera aparentemente

paradojal, como una no coincidencia, una relación singular con el propio tiempo (Agamben, 2011, p. 18). Un contemporáneo

[...] pertenece en verdad a su tiempo, es en verdad contemporáneo aquel que no coincide a la perfección con este ni se adecua a sus pretensiones, y entonces, en este sentido, es inactual; pero, justamente por esto, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aferrar su tiempo (2011, p. 18).

Eltit toma a una escritora mujer, Marta Brunet, nacida en 1897, como contemporánea a ese tiempo de principios y mediados del siglo pasado. Brunet escribe desde las fisuras y logra ver los roles y mandatos asignados a las mujeres que lejos de corresponderse con una naturaleza o esencia femenina, son impuestos con la fuerza y el peso de mandatos inapelables:

Pienso que sus libros se perpetraron en las fisuras, en los silencios y en aquello que las instituciones velan. La dirección de sus libros habita en un espacio que todavía no termina de cursarse, porque su narrativa abre preguntas claves al exponer la desigualdad con una notable densidad conceptual. [...] los sentidos que su obra aborda, su manera de trabajar el curso del relato, remiten a un espacio muy singular para pensar los dilemas del sujeto mujer en un tiempo en que los dilemas estaban reducidos con mayor o menor eficacia a temas domésticos o bien amorosos (Eltit, 2021, p. 28).

Más adelante reafirma –sobre el anacronismo con que se situó en su tiempo– su acción de dimensionar el estatuto de la dominación bajo el cual se opera sobre las mujeres: “Ella consiguió mostrar las máscaras del sistema que atraviesan el tiempo, y las condensa en la misma repetida escena siempre petrificada de la dominación” (Eltit, 2021, p. 28). En otro aspecto, el discurrir del pensamiento y el tono especulativo que habilita el ensayo permite a la autora imaginar las dificultades a las que como mujer se enfrentó Brunet en un campo literario dominado por lo masculino, en un Chile que en los

imaginarios se presenta como eminentemente machista y clasista: “No debe haber resultado fácil para Brunet existir literariamente. Consiguió atención crítica dentro y fuera del país, tuvo una activa vida profesional, pero, claro, era mujer” (Eltit, 2021, p. 29).

En la misma dirección, será a partir de una novela clave de la literatura argentina que Eltit señale la injerencia de un contenido como forma en el campo literario, no solo argentino, sino latinoamericano. Se trata de *En breve cárcel*, novela publicada por primera vez en España en el año 1981, de Sylvia Molloy, escrita en tiempos de la última dictadura en Argentina. Las relaciones afectivas lésbicas en un triángulo amoroso llevan a su epítome la deconstrucción y la crítica a un sistema de gobierno autoritario, patriarcal y genocida: no se trata solo de una poética homoerótica, sino además de un *ménage à trois*. La novela se inscribe en la poco desarrollada, para ese entonces, escritura lesbiana (Arnés, 2013), tanto desde su forma fragmentaria, incompleta, que se escribe *en el cuerpo y con un cuerpo* igualmente fracturado, formado por capas del ser que no se dejan aprehender en su identidad sexual ni como sujeto. Instauro un modo de leer diferente, minoritario, feminista, pasible de existencia gracias al potencial enunciativo de la palabra poética y literaria:

El amor entre mujeres abrió un universo inédito para la literatura latinoamericana porque el texto literario opera desde el desalojo de las culpas, de las prohibiciones para restaurar el aura y la potencia de la existencia lésbica. Me pareció un libro no solo extraordinario, sino que además abre un mapa poético de inserción de la diferencia. Así lo leí y pensé su emergencia (Eltit, 2021, p. 79).

Si la literatura en su forma-contenido, en su trabajo con la materialidad del lenguaje, en sus procedimientos y artificios, temas, personajes, escrituras, lenguas, puede constituirse en un modo de lo minoritario en

términos deleuzianos, de lo contrahegemónico en términos de Williams o de lucha en un campo atravesado por el poder masculino, en términos de Bourdieu, también irá a contracorriente de cierta lógica del mercado. Eltit demanda la injusticia de que “las escritoras y los escritores no nos mantengamos económicamente (pongo en otro lugar a los *best sellers*) de los libros que producimos. La literatura es quizá uno de los pocos oficios que no sostienen” (Eltit, 2021, p. 93). Asimismo, situada en el tembladeral de un campo pauperizado y feminizado aun en cuanto a su vínculo con el capital económico, la autora denuncia la doble opresión. Esta radica en el deber del trabajo invisible de las amas de casa al que refiriéramos anteriormente –consistente en las tareas reproductivas y de cuidado carentes de salario– y el trabajo fuera del hogar (en su caso, como docente universitaria y del liceo), a lo que se suma el trabajo de escritora. Escribir significa robar tiempo a todos esos trabajos. El efecto, aunque no buscado, como quien encuentra la respuesta por pura serendipia, es que lo literario funda una lógica diferente; una lógica que en este sentido también escapa en alguna medida al falogocentrismo del mundo occidental, a la razón capitalista y neoliberal que financiariza la vida y despoja al ser humano de su condición política y resistente, para convertirlo en un *homo oeconomicus* (Brown, 2014). En lo literario se conforma un reducto que permite mantener a resguardo el deseo, tan censurado por el mundo capitalista-patriarcal:

Me vi obligada a aceptar la condición de escribir literatura como una práctica en la que había que sacarle tiempo al tiempo. Entiendo y sé que es una injusticia ante un trabajo de alta concentración y energía. En mi caso particular, realizar un triple trabajo, ser jefa de hogar y mantener el funcionamiento interno de una casa, trabajar de manera remunerada para sostenerme a mí y a la familia, y escribir, paradójicamente me otorgó la libertad de

separar dinero y literatura. Así mantengo intacto el deseo, las pausas, un trabajo detallista y concentrado con las palabras (Eltit, 2021, p. 93).

Se trata de un modo de leer la escritura y lo literario en el que su razón de ser se funda en la resistencia, en lo minoritario, en la lucha que persiste toda vez que hay dominación, que inviste de poder –en tanto praxis política desestabilizadora– a la práctica poética.

Palabras finales

A través de la lectura, del ensayo y autobiografía lectora, Diamela Eltit deja en evidencia la literatura como zona de riesgo: riesgo porque desestabiliza, porque desmonta discursos, porque permite pensar; riesgo porque en ella anida un potencial de crítica hacia lo establecido, donde se halla la inflexión política de la letra no partidista, asistemática, literaria al fin. El trazado de su cartografía lectora y, junto con ella, de su quehacer escriturario, permite por el tropo de la metonimia trazar una historia mayor, pasible de diagramar, como por círculos concéntricos, el mapa del campo literario chileno de un siglo a esta parte y sus vínculos con otros campos como el político y el económico. Dicho mapeo parte de un sujeto posicionado en el feminismo como modo de leer, como forma de observación de lo invisibilizado, como perspectiva que se hace también extensiva a las minorías en general, en consonancia con una poética autoral que está fundada en los márgenes de un centro, de una hegemonía que se sirve de la exclusión. Se trata de modos de leer que implican un proceso activo de resignificación y reconfiguración del campo de las letras en sus diferentes sectores (canon, corpus, conceptos tradicionales de la crítica literaria, mercado editorial, entre otros). Con ello, feminismos y lucha contra un sistema económico como el neoliberalismo que instauró la dictadura pinochetista iniciada en 1973 y que se profundiza hasta

nuestros días en los países del Cono Sur, están aunados por prácticas literarias que abrevan en lo minoritario. En simultáneo, tales prácticas, bajo la forma de las tretas del débil (Ludmer, 1984), convierten las estrategias del capital en modos de resistencia que devienen en puro deseo, como subversión la financiarización de la vida (Brown, 2014) que pretende aquel sistema económico. Leer y escribir ensayísticamente, minoritariamente, a través de modos de lectura feministas, es una apuesta por esas formas de subversión.

REFERENCIAS

- Adorno, T. (1962). El ensayo como forma. En *Notas de literatura* (pp. 11-36). Ariel.
- Agamben, G. (2011). ¿Qué es lo contemporáneo? En *Desnudez* (pp. 17-29). Adriana Hidalgo.
- Arnés, L. (2013). Zonas liberadas: la literatura argentina en clave lesbiana. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, (17), 1-41.
- Arnés, L., De Leone, L. y Punte, M. (Coords.). (2020). *Historia feminista de la literatura argentina*. Tomo IV: En la intemperie. Edivim.
- Aucia, A. (2011). Género, violencia sexual y contextos represivos. En A. Aucia, F. Barrera, C. Berterame, S. Chiarotti, A. Paolini y C. Zurutuza (Eds.), *Grietas en el Silencio. Una investigación sobre violencia sexual en el marco del Terrorismo de Estado* (pp. 27-67). Cladem.
- Barrientos, M. (2021). *El ojo en la mira* de Diamela Eltit. *Book reviews*, (19). <https://latinamericanliteraturetoday.org/es/rese%C3%B1as/el-ojo-en-la-mira-diamela-eltit-2/>
- Barthes, R. (1987). De la obra al texto. En *El susurro del lenguaje* (pp. 73-82). Paidós.
- Batticuore, G. (s. f.). *Lector&s*. Ampersand. <https://www.edicionesampersand.com/lector-s>
- Beauvoir, S. (2009). *El segundo sexo*. Sudamericana.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Itaca.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1996). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Laia.
- Brown, W. (2014). *El pueblo sin atributos*. Malpaso.
- Butler, J. (2008). ¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault. En B. Boris, J. Butler, A. De Nicola, B. Holmes, J. Kastner, M. Lazzarato, I. Lorey, S. Nowotny, G. Raunig, G. Roggero, R. Sánchez Cedillo, H. Steyerl, B. Vecchi, M. von Osten, *Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional* (pp. 141-167). Traficantes de Sueños.
- Cabrera, F. (2024). Autobiografías lectoras de escritoras latinoamericanas. Notas en torno a *Lector&s*, colección de la Editorial Ampersand. *Intersticios de la política y la*

cultura, 13(26), 73-93.

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/intersticios/article/view/44906>

Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas*. Pre-textos.

Derrida, J (1989). *La escritura y la diferencia*. Anthropos.

Eltit, D. (1983). *Lumpérica*. Ediciones del Ornitorrinco.

Eltit, D. (1986). *Por la Patria*. Ediciones del Ornitorrinco.

Eltit, D. (1988). *El cuarto mundo*. Planeta.

Eltit, D. (1989). *El padre mío*. Francisco Zegers Editor.

Eltit, D. (1991). *Vaca Sagrada*. Planeta.

Eltit, D. (1994). *Crónica del sufragio femenino en Chile*. SERNAM.

Eltit, D. (2000). Las dos caras de la moneda; Errante, errática. En *Emergencias* (pp. 17-24; pp. 170-177). Planeta-Ariel.

Eltit, D. (2013a). *Fuerzas especiales*. Seix Barral.

Eltit, D. (2013b). Género y dolor. *Taller de Letras*, (53), 131-138.

Eltit, D. (2021). *El ojo en la mira*. Ampersand.

Espinosa, P. (2018). Representaciones de realidad, sujeto femenino, comunidad y resistencia en Fuerzas especiales de Diamela Eltit. *Anales de literatura chilena*, (29), 69-81.

Federici, S. (1 de abril de 2023). “La sociedad capitalista nos obliga a vender muchas partes de nosotros”. Entrevista por Neus Tur, Francisco Ubilla y Nando Ochando. *ELDiario.es*. https://www.eldiario.es/illes-balears/sociedad/silvia-federici-pensadora-feminista-sociedad-capitalista-obliga-vender-partes_1_10085986.html

Federici, S. (2010). La gran caza de brujas en Europa. En *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (pp. 245-319). Tinta limón.

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario*. Tinta Limón.

Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Paidós.

Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Tusquets.

Foxley, A. (1988, 20 de noviembre). Me interesa todo aquello que esté a contrapelo del poder. *La Época*, pp. 4-5.

García Canclini, N. (1990). La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu (Introducción). En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 5-40). Grijalbo.

Garramuño, F. (2015). *Mundos en común: ensayos sobre la inespecificidad en el arte*. Fondo de Cultura Económica.

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.

- Hercovich, I. (1997). *El enigma sexual de la violación*. Biblos.
- Hill Collins, P. y Bilge, S. (2019). ¿Qué es la interseccionalidad?. En *Interseccionalidad* (pp. 13-38). Ediciones Morata.
- Larguía I. y Dumoulin, J. (1976). *Hacia una ciencia de la Liberación de la mujer*. Anagrama.
- Laudano, C. (1998). *Las mujeres en los discursos militares (1976-1983)*. La Página.
- Lazzara, M. (2002). *Diamela Eltit: conversación en Princeton*. Program in Latin America Studies.
- Lorca, P. (2021). El ojo en la mira. Diamela Eltit. *Otra parte*.
<https://www.revistaotraparte.com/literatura-iberoamericana/el-ojo-en-la-mira/>
- Ludmer, J. (1984). Las tretas del débil. En P. González y E. Ortega, *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas* (pp. 1-7). Ediciones Huracán.
http://www.josefinaludmer.net/articulos_files/Tretas-del-debil.pdf
- Ludmer, J. (2015). Clase 1. Presentación de la materia. Formación de la teoría literaria. En A. Louis (Comp.), *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 33-51). Paidós.
- McSherry, P. (2009). *Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*. Banda Oriental.
- Molloy, S. (2012). *En breve cárcel*. Fondo de Cultura Económica.
- Neustadt, R. (2012). *CADA día: la creación de un arte social*. Cuatro Propio.
- Nicolini, F. (28 de mayo de 2024). Las vueltas y revueltas de escribir. *Revista La Agenda*. <https://laagenda.buenosaires.gob.ar/contenido/59248-las-vueltas-y-revueltas-de-escribir>
- Pasten, G. (2006). Seguridad regional en el proceso de integración: Plan Cóndor (antecedente de la integración del Cono Sur) [ponencia]. *III Congreso de Relaciones Internacionales*, La Plata. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/37375>
- Prado Traverso, M. (2015). La obra literaria de Diamela Eltit, testimonios desde la marginalidad. *Nueva Revista del Pacífico*, (40), 139-146.
- Richard, N. (10 de noviembre de 1991). Histórica, histórica palabra. *Revista La Época*, 5.
- Rosa, N. (1987). Estos textos, estos restos. *Los fulgores del simulacro*. Universidad Nacional del Litoral, *Cuadernos de extensión universitaria*, (15), 9-18.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. UNQ.
- Sheffield, C. (1997). Sexual Terrorism. En L. O'Toole y J. Schiffman (eds.), *Gender violence, interdisciplinary perspectives* (pp. 110-127). New York University.
- Shklovsky, V. (1978). El arte como artificio. En Todorov T. (Comp.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos* (pp. 55-70). Siglo XXI.
- Spivak, G. (2011). *¿Puede hablar un subalterno?* El cuenco de Plata.

Villalobos Guízar, V. (1 de noviembre de 2021). Diamela Eltit, una literatura desbandada. *Letras libres*. <https://letraslibres.com/revista/diamela-eltit-una-literatura-desbandada/>

Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Península.